

**DISCURSO DE CONTESTACION  
DEL  
ILMO. SR. D. MANUEL MUÑOZ BARBERAN**



Ilustrísimos señores. Señoras, señores:

He sido designado por esta Academia de Alfonso X el Sabio para contestar al discurso de ingreso en ella de don Juan Guirao García, escritor, investigador, erudito lorquino. Agradezco esta designación y cumplo gustosísimo esta obligada disciplina a que nos invita frecuentemente la ilustre corporación. Gustosísimo, puesto que con el nuevo académico me une esa especie superior de parentesco que suele crear la buena amistad, ayudada, además, del paisanaje.

Trae nuestro excelente amigo Juan Guirao en su discurso, primeramente unas aseveraciones de humildad siempre esperadas. Es cierto que la Academia nos hace un honor, y cierto que siempre tememos que ese honor resulte no del todo ajustado a nuestros méritos. Todos hemos protestado de la desigualdad entre lo concedido y nuestros merecimientos. Tememos que en nuestro caso resulte inexorablemente cierta la casi obligada protesta. Pero, sin otorgar a esta ilustre Academia dotes de infalibilidad, habremos de aceptar que su buen criterio, el buen consejo de tantos, no le permite desaciertos extremos en sus elecciones. Todos hemos, pues, repetido esto del «honor inmerecido» y quizá en muchísimos casos estas palabras humildes hayan comportado una leve sombra de duda que nos permitiera adelantar hasta la recepción de tal premio, de tal nombramiento. Pero en el caso límite de verdad inconcusa en el poco merecimiento, obrar como en el conocido del «Andad delante» de un grande de España a otro de menores títulos, y la respuesta breve del honrado: «Se entienda siempre que por obediencia». Aceptemos que todos estamos dentro de esta Academia por obediencia y con gratitud multiplicada.

Es mi obligación, creo, salir al paso de esas si no justas, lógicas protestas diciendo de nuestro Juan Guirao que quizá uno de sus mayores



méritos consista en ser, como es, persona imprescindible, irremplazable; de estas personas que escapan, naturalmente, a esas frases hechas con las que se intenta describirlas. Persona de conocimientos, generales y especializados, notabilísimos. Quizá por eso haya huído en su discurso de hacer alardes, asombrosos sin duda, de sus conocimientos de la historia regional, sobre todo de la lorquina, refugiándose en un motivo poético, los sonidos, para el que no ha precisado el pie de página documental, o no ha querido ponerlo. Todos hemos adivinado el enorme peso referencial que ha subyacido en sus palabras.

Muchos sabemos que cualquiera de sus abundantes libretitas de apuntes, serviría como andamiaje seguro de un libro perfecto en sus cualidades de interés y erudición. Muchos buenos estudios que andan por ahí, justamente alabados, extremadamente útiles, van agradeciendo préstamos importantes del amplio caudal de Juan Guirao. Sin que eso signifique desdoro para sus autores que, generalmente, han acusado y agradecido la generosa procedencia.

El nuevo académico, que no llegó a conocer a nuestro ilustre don Joaquín Espín Rael, es, seguramente, su más directo —mejor diré—, su más eficaz continuador. Igual a don Joaquín en su amor a la historia local, parecido en sus conocimientos de ella, semejante en la fidelidad y entrega al recinto nada estrecho de esta ciudad que, tanto tiempo, fue clave imprescindible —«tutíssima clavis»— de la general historia de estos reinos.

Sabemos todos lo que significó la obra de don Joaquín al frente del Archivo Municipal. Lo que representó, y representa, su gran labor de investigación. Igualmente sabemos todos lo que significa y representa la actual obra de Juan Guirao al frente de nuestros archivos lorquinos, reunidos bajo un mismo techo. Quizá ignoremos esa gran labor diaria de orientación a tantos jóvenes, a tantas personas de todas edades y categorías, que llegan a estos archivos con afán de penetrar en el mundo del pasado que encierran. Personas que no hallan otro medio para ese conocimiento si no es el buen oficio de guía de este hombre conocedor de todos los intrincados caminos de la enorme documentación custodiada, ordenada y conocida por él.

Nuestro nuevo académico dedicó algunos de sus jóvenes años a labores teatrales universitarias en compañía de César Oliva. Y de su mano fueron algunas adaptaciones literarias de obras clásicas. Esas adaptaciones fueron hechas con un perfecto conocimiento de nuestro mejor teatro y las correctísimas y gráciles versiones fueron por todos reconocidas y alabadas por todos. Fueron también esos años de algunas creaciones poéticas, cuando alcanzó premios destacados para sus versos. Todo



drásticamente abandonado cuando el atrayente mundo de la investigación histórica se abrió ante él. Quiero declararme, en parte, culpable de ese abandono.

Fui culpable, efectivamente, al aceptar su ayuda en una labor que me propuse de investigación en Lorca: la vida de un célebre escritor cuyo nombre todos sabéis y que procuro, cuidadosamente, no volver a repetir para no levantar vuestra sonrisa. Ni Juan Guirao ni yo conocíamos la difícilísima criptografía con la que los viejos documentos se defienden de cualquier desenfadada y superficial investigación. Penetrar en ellos, en su lectura y perfecta comprensión, obliga a la humilde y dura disciplina de unos aprendizajes que, como aquellas horcas caudinas, hay que pasar inexorablemente, las cabezas inclinadas muchas horas. Fatigosa empresa que ambos emprendimos y creo que superamos.

En poco tiempo, los adelantos en aquellas muy distintas y complicadas lecturas estaban a favor, claramente, de mi buen compañero. En poco tiempo, documentos que habían escapado a la busca y perspicacia de Escobar Barberán y de Espín Rael —asombrosamente, también de Espín Rael.—, eran encontrados y descifrados por Guirao. La busca de documentos en Lorca, quedaba en sus manos, por fortuna. Y así: de ahí, de aquellos ya casi lejanos días, arrancó su labor archivística; en ella continúa y Lorca tendrá, siempre, que agradecerle sus esfuerzos en estos nobles quehaceres de hoy y de todavía largos años.

Nos ha traído Juan Guirao, en los preliminares de su discurso, la memoria indeclinable de unas personas que fueron nuestros grandes amigos; el recuerdo emocionado, también, de un hombre que esperó este momento, con ansia verdadera. Los primeros, estarían aquí, habrían de estar aquí, para dar el abrazo de recepción al nuevo y joven académico. El hombre que esperó y deseó este momento, está, está con esa presencia fiel que todos presentimos, casi sabemos.

Nos ha presentado, hoy, en fin, Juan Guirao, el sordo murmullo de unos sonidos apagados hace ya siglos. Sonidos como aprehendidos, adivinados, en el cuenco, retorcido de barroquismo tenaz, perenne, de una gran caracola que aplicáramos a nuestro oído. Nos ha despertado la Historia en aquella su propia y lejana voz. Los que, un tiempo —elijo, entre tantos, un solo sonido— oímos las campanas antiguas, hemos podido atender, de pronto, resucitadas, las voces metálicas, graves o alegres, de la «Santa Agueda» y «La Tercerica». Voz una de sencilla fiesta en la tarde, cuando las dos ingenuas y gráciles santitas, de dulce y desvaída policromía, —Lucía y Agueda—, salían al atrio del hoy destruido templo, a mostrar los signos taumatúrgicos de su remoto martirio. Cuando la luz se que-



braba en violetas, o se encendía en rojos intensos sobre el perfil de la ciudad. Voz otra de convocatoria en la hora soleada y ya casi vespéral de las tres de la tarde, cuando los viejos beneficiados de la colegial pasaban la férrea crugía, camino del coro, y los niños volvíamos a tomar nuestros arañados, dibujados, maltratados portalibros en camino hacia la escuela. Voces muertas de aquellas campanas cuyas lenguas, destruidas, sólo viven en el recuerdo de los que somos cada día, cada vez, menos. Gracias, Juan, por tu certera y nostálgica evocación. En nombre de esta ilustre Academia, un abrazo, buen amigo, al aceptar un puesto entre nosotros.

